

# Dejarnos conducir por Él

*Carta Pastoral del Obispo de San Sebastián  
Prólogo al Programa Pastoral Diocesano (2011-2016)*

## 1.- EL MARCO DE NUESTRO PLAN PASTORAL

Todo “plan pastoral” nace de la llamada apremiante de la Iglesia a la Nueva Evangelización, la cual tiene su origen en el envío que Cristo hizo a sus discípulos a predicar el Evangelio a todos los pueblos. “*La Iglesia existe para evangelizar. Es ésta su identidad más profunda*”<sup>1</sup>.

Ahora bien, la llamada a la evangelización no está descontextualizada ni desencarnada de nuestro entorno y circunstancias. Llevamos adelante esta tarea en una época y en un lugar determinados; inmersos en un tiempo de gracia especial de la vida de la Iglesia, y en una parcela “regada” y “abonada” por quienes nos han precedido.

Nuestra Diócesis de San Sebastián emprende el camino de su nuevo Plan Pastoral Quinquenal (2011-2016); y lo hace precisamente cuando la Iglesia Universal se dispone a celebrar dos conmemoraciones, que bien podríamos considerar como el marco de nuestra programación pastoral:

Por una parte, la Iglesia Católica conmemora en el año 2012, el 50 aniversario del inicio del Concilio Vaticano II (1962). Estamos ante una magnífica ocasión para reafirmar las bases de nuestra vida eclesial, sobre las orientaciones promulgadas en este último Concilio Universal de la Iglesia Católica. Los cimientos de comunión establecidos en esa gran asamblea conciliar, presidida por Juan XXIII y posteriormente por Pablo VI, son muy amplios y sólidos: El modelo de Iglesia del que partimos (“*Lumen Gentium*”), la visión que tenemos de la relación de la Iglesia con el mundo (“*Gaudium et Spes*”), la concepción de la Sagrada Liturgia desde la que nos dirigimos a Dios (“*Sacrosanctum Concilium*”), la comprensión que tenemos de las fuentes de la Revelación (“*Dei Verbum*”), el modelo de sacerdocio que propugnamos (“*Presbyterorum Ordinis*”), la actividad misionera de la Iglesia (“*Ad Gentes*”)... están enraizados en el Concilio Vaticano II, auténtico cimiento para la vida de la Iglesia universal, y de nuestra Iglesia particular.

Al mismo tiempo, el año 2012 celebramos el vigésimo aniversario de la promulgación de la más extensa obra magisterial de la vida eclesial postconciliar: el Catecismo Mayor de la Iglesia Católica. Al igual que al Concilio de Trento le siguió la promulgación del Catecismo Mayor de San Pío V (*Catecismo Tridentino*), y al Concilio Vaticano I, el Catecismo Mayor de San Pío X; el Concilio Vaticano II ha dado a luz el actual Catecismo Mayor de la Iglesia Católica. Se trata de una colosal obra, resumen de

---

<sup>1</sup> Cita tomada del documento “*Una Iglesia al Servicio del Evangelio*”, que tiene su origen en la expresión de S.S. Pablo VI: “*La Iglesia existe para evangelizar*”.

nuestra fe, en la que se ha hecho el esfuerzo de formular catequéticamente la fe de la Iglesia, a partir de todas las aportaciones del Concilio Vaticano II<sup>2</sup>.

En 1985, con motivo de los veinte años de la clausura de dicho Concilio, el Papa Juan Pablo II convocó un Sínodo extraordinario, entre cuyas conclusiones principales sobresalía la petición, propuesta por la práctica totalidad de los padres sinodales, de redactar un Catecismo Mayor, en el que se recogiese toda la doctrina católica en lo que respecta a la fe y a la moral, de modo que fuese el referente para todos los catecismos menores. Las labores de redacción, con la participación de todo el episcopado mundial, se prolongaron hasta 1992, año de su promulgación.

Por ello, la recepción gozosa del Catecismo Mayor de la Iglesia Católica, es una de las mayores garantías de una adecuada comprensión de los documentos conciliares, en una lectura integradora entre el “espíritu” que animó aquella asamblea y la “letra” de los documentos aprobados. Ha sido particularmente lúcido y profético el discernimiento de nuestro actual Papa, S.S. Benedicto XVI (quien participó como perito en el Concilio Vaticano II, y como Presidente de la Congregación de la Doctrina de la Fe, en la elaboración del Catecismo Mayor), sobre la hermenéutica con la que ha de ser leído e interpretado el Concilio. En un histórico discurso pronunciado ante la Curia Romana, el 22 de diciembre de 2005, el Papa señalaba el riesgo de interpretar el Concilio Vaticano II bajo una hermenéutica de “ruptura”, en lugar de hacerlo bajo una correcta hermenéutica de “reforma”, que es ciertamente la que alentó tanto el “espíritu” como la “letra” de este Concilio.

En cuanto a nuestra Iglesia particular de Guipúzcoa, el documento “*Una Iglesia al Servicio del Evangelio*”, es para nosotros un sólido punto de referencia en el que deseamos entroncar el presente Plan Pastoral Quinquenal. “*Una Iglesia al Servicio del Evangelio*” es el motor y el reflejo de un recorrido tenaz del trabajo pastoral emprendido por nuestra Iglesia diocesana en los últimos doce años, impulsando un estilo abierto a la renovación por el Espíritu y al servicio del Evangelio; procurando la cercanía y la actitud de acogida; caminando hacia la paz por la comunión fraterna, y acompañando a los que sufren. En resumen, se trata de un punto de partida que nunca deberemos dar por superado, y al que habremos de retornar continuamente, ya que se sustenta en el “abc” de las enseñanzas evangélicas.

## **2.- DIAGNÓSTICO DE UNA CRISIS**

La preparación de un Plan Pastoral Diocesano supone una reflexión previa sobre el contexto en el que ha sido elaborado y sobre las circunstancias a las que quiere responder. Sin pretensión de exhaustividad, me ha parecido conveniente plasmar las percepciones fundamentales que recibo como Pastor diocesano, desde las que nacen las intuiciones pastorales que posteriormente serán expuestas.

El patrimonio de la fe católica, que estuvo presente en los orígenes de la gestación de nuestro pueblo, que ha animado lo mejor de su historia, y que ha sido fuente de su identidad, dignidad y esperanza, está hoy sometido a dura prueba. Su aportación ha sido decisiva en nuestras tradiciones y en nuestra cultura; se ha alimentado con el testimonio de nuestros grandes santos; ha manifestado su apertura y

---

<sup>2</sup> El Catecismo de la Iglesia Católica incluye cerca un millar de menciones de los textos del Concilio Vaticano II, unas tres mil citas bíblicas, incontables alusiones a los Santos Padres de la Iglesia y de los santos posteriores, cientos de referencias a los textos litúrgicos, e innumerables indicaciones del magisterio anterior y posterior al Vaticano II.

solicitud católicas con innumerables misioneros al servicio de los más diversos pueblos del mundo; se ha integrado plenamente en nuestras tradiciones... etc. Pero es obvio que se ha producido una gradual erosión de ese patrimonio, a medida que hemos ido conformando nuestra cultura a un estándar globalizado.

El momento eclesial que vive la Iglesia en Occidente, y nuestra Diócesis de una manera particular, es un momento grave. En las últimas décadas nuestra cultura ha sufrido un proceso de secularización<sup>3</sup> con una incidencia muy fuerte, hasta el punto de cambiar sustancialmente la conciencia religiosa de nuestro pueblo. Es importante que reconozcamos que no se trata solamente de un proceso de secularización externo a nosotros, sino que también nos afecta en la vida interna de la Iglesia.

Aún a riesgo de simplificar, me atrevo a resumir en “**cuatro heridas**” las consecuencias del influjo negativo que la secularización ha tenido en nuestra sociedad: El materialismo intrascendente, la cultura de la frivolidad, el relativismo y el laicismo anticlerical.

**2.1.- Materialismo intrascendente:** La tesis marxista que afirmaba que “*la religión es el opio del pueblo*”, se ha demostrado falsa. Muy al contrario, han sido muchos los pueblos que han sentido la llamada a liberarse de las dictaduras inhumanas, partiendo de su identidad religiosa, en la que han encontrado su dignidad y su fuerza (así, por ejemplo, en Europa del Este, en Sudamérica...). Sin embargo, y tras

---

<sup>3</sup> Con el objeto de clarificar lo que entendemos por el término “secularización”, transcribo unas palabras que el Papa Benedicto XVI dirigió el 8 de marzo de 2008 a los miembros del Pontificio Consejo de la Cultura:

*“Me agrada recibirlos, con ocasión de la Asamblea Plenaria del Pontificio Consejo de la Cultura, y me alegro del trabajo que desarrolláis y, en particular, del tema elegido para esta sesión: «La Iglesia y el desafío de la secularización». Es ésta una cuestión fundamental para el futuro de la humanidad y de la Iglesia. La secularización, que frecuentemente se transforma en secularismo abandonando la acepción positiva de secularidad, somete a dura prueba la vida cristiana de los fieles y de los pastores, y vosotros, en vuestros trabajos, la habéis interpretado y transformado también en un desafío providencial para proponer respuestas convincentes a los interrogantes y a las esperanzas del hombre, contemporáneo nuestro. (...). La secularización, que se presenta en las culturas como planteamiento del mundo y de la humanidad sin referencia a la Trascendencia, invade todo aspecto de la vida cotidiana y desarrolla una mentalidad en la que Dios está de hecho ausente, en todo o en parte, de la existencia y de la conciencia humana. Esta secularización no constituye sólo una amenaza externa para los creyentes, sino que se manifiesta ya desde hace tiempo en el seno mismo de la Iglesia. Desnaturaliza desde dentro y en profundidad la fe cristiana y, en consecuencia, el estilo de vida y el comportamiento diario de los creyentes. Ellos viven en el mundo y frecuentemente están marcados, si no condicionados, por la cultura de la imagen que impone modelos e impulsos contradictorios, en la negación práctica de Dios: ya no hay necesidad de Dios, de pensar en Él y de volver a Él. Además, la mentalidad hedonista y consumista predominante favorece, en los fieles como en los pastores, una deriva hacia la superficialidad y un egocentrismo que perjudica la vida eclesial.*

*La «muerte de Dios» anunciada, en las décadas pasadas, por tantos intelectuales cede el lugar a un culto estéril del individuo. En este contexto cultural existe el riesgo de caer en una atrofia espiritual y en un vacío del corazón, caracterizados a veces por formas sucedáneas de pertenencia religiosa y de vago espiritualismo. Se revela cuánto más urgente reaccionar a tal deriva mediante el recuerdo de los valores elevados de la existencia, que dan sentido a la vida y pueden apagar la inquietud del corazón humano en busca de la felicidad: la dignidad de la persona humana y su libertad, la igualdad entre todos los hombres, el sentido de la vida y de la muerte y de lo que nos espera tras la conclusión de la existencia terrena (...).”*

contemplar el proceso acelerado de la pérdida de nuestras raíces cristianas, bien podría decirse que “*el materialismo ha resultado ser el opio del pueblo*”. En efecto, el consumismo, el afán desmedido de poseer y el culto al dinero, han demostrado tener un influjo muy poderoso en nuestra cultura occidental, cuyas convicciones cristianas se han desmoronado y han resultado ser más aparentes que reales...

**2.2.- Cultura de la frivolidad o de la superficialidad:** La frivolidad queda patente en el tipo de ocio que se fomenta, que con frecuencia resulta destructivo. Baste comprobar cuáles son los productos televisivos con mayor éxito de audiencia, así como los modelos estéticos; y de forma especial, el predominio de una vivencia de la sexualidad como un mero instrumento de placer, al margen de la vocación al amor a la que Dios nos ha llamado. El pansexualismo<sup>4</sup> es una de las expresiones más marcadas de la cultura de la frivolidad.

**2.3.- Relativismo:** El pontificado de S.S. Benedicto XVI se ha caracterizado desde sus inicios por una gran capacidad de diálogo crítico con la cultura contemporánea, además de por su libertad profética. El Papa constata cómo el olvido y la negación de Dios han conducido a la expansión de ideologías antihumanistas, contrarias a la antropología cristiana. Si bien es cierto que los postulados relativistas se difundieron en un primer momento bajo la bandera de la tolerancia y del pluralismo; sin embargo, una vez que llegaron a ser predominantes, pusieron en marcha su particular “apisonadora” del “pensamiento único”, a la que el Santo Padre designó como “dictadura del relativismo”.

El relativismo se sustenta en una filosofía de corte nihilista, que niega la existencia de cualquier verdad objetiva, como consecuencia práctica de la negación o del olvido de Dios, razón última de nuestra existencia. La misma afirmación de la creencia en una verdad objetiva, es puesta bajo sospecha, como posible germen de intolerancia o de fundamentalismo.

Los campos principales en los que las ideologías relativistas inciden son: la vida, la familia, la educación y la sexualidad. El Papa Juan Pablo II fue muy claro en su diagnóstico ante los obispos y congresistas del II Encuentro Mundial de las familias: “*En torno a la familia y a la vida se libra hoy la batalla fundamental de la dignidad del hombre*” (Río de Janeiro, 3 de octubre de 1997).

**2.4.- Laicismo anticlerical:** No se trata de un fenómeno nuevo entre nosotros, ya que tiene profundas raíces históricas. Pero es un hecho que en los últimos años ha sido azuzado interesadamente, de manera artificial y extemporánea, especialmente a través de los medios de comunicación más influyentes. La desafección hacia el Papa y hacia la jerarquía de la Iglesia ha sido inoculada de forma persistente, y para ello, los problemas internos del seno de la Iglesia son frecuentemente aireados y manipulados.

Paralelamente, es importante recordar cómo nuestro Papa Benedicto XVI, ha subrayado proféticamente en diversas circunstancias, que nos equivocamos al pensar que los principales enemigos de la Iglesia los tenemos fuera de nosotros. Muy al contrario, el principal enemigo de la Iglesia lo tenemos dentro de nosotros, y no es otro

---

<sup>4</sup> Por pansexualismo entendemos una configuración de la sociedad con un modo obsesivo de entender la sexualidad, que se caracteriza por reducir la sexualidad a genitalidad, por hacer de la sexualidad un instrumento de consumo, y en definitiva, por desligar la sexualidad del amor.

que nuestra falta de santidad. Es decir, el diagnóstico del laicismo anticlerical existente en nuestra cultura, no debe ser utilizado como un escudo defensivo que nos dispense de nuestra tarea de purificación interna.

### 3.- LÍNEAS DE ACTUACIÓN HACIA LA SANACIÓN

El hecho de que hagamos este juicio crítico sobre el influjo del secularismo en nuestra cultura, no supone una desafección o desconfianza hacia nuestra sociedad y nuestro tiempo, a los cuales estamos íntimamente ligados. ¡Creemos firmemente que en medio de esta crisis, la Iglesia vive un tiempo de purificación y de gracia! El influjo incisivo de la secularización, no ha podido ni podrá nunca paralizar la acción vivificadora del Espíritu Santo en la construcción del Reino, que sigue adelante entre nosotros.

Creemos firmemente que el Espíritu Santo, el Paráclito, está actuando y llevando adelante la Redención de Cristo mediante la sanación de estas “cuatro heridas” a las que nos hemos referido, que tanto sufrimiento provocan en la humanidad y en el mismo corazón de Dios. Creemos que Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre por nosotros, ha sido, es y será la respuesta a la sed de felicidad de los hombres y mujeres de todos los tiempos.

Ahora bien, no podemos olvidar que, si es cierto que el Reino de Dios ya ha llegado a nosotros, al mismo tiempo necesita de nuestra conversión personal y de nuestra generosa colaboración para instaurarse de una forma estable y fecunda. La Iglesia Católica que camina en la Diócesis de San Sebastián, clama con fuerza: “*¡Maranatha, ven Señor Jesús!*” (Ap 22, 20).

Nuestro Plan Pastoral no puede consistir en otra cosa que en estar atentos a los signos de los tiempos, es decir, al soplo del Espíritu en su Iglesia y en la sociedad, de forma que pongamos todas nuestras energías al servicio de su obra santificadora. Con humildad y conscientes de que necesitamos abrirnos más a la luz del Espíritu Santo para llegar a descubrir su acción oculta (y no tan oculta) entre nosotros, pasemos a destacar cómo realiza su acción sanadora sobre las cuatro heridas, provocadas por la secularización:

**3.1.- Frente al materialismo, caridad:** Tenemos experiencia de que el materialismo no satisface el corazón del hombre, de forma que son muchos quienes buscan la fuente de la felicidad en los valores espirituales (aunque algunos todavía no hayan conseguido “poner rostro” a dichos valores). La respuesta de Cristo a la tentación materialista que le dirige Satanás es válida para todos los tiempos: “*Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a Él darás culto*” (Mt 4, 10).

El materialismo es vencido en la medida en que el corazón del hombre se centra en el amor a Dios; de lo contrario, el corazón humano pierde su libertad por la sujeción a multitud de esclavitudes. Al mismo tiempo, el materialismo es superado en la medida en que el corazón del hombre se descentra de sí mismo; es decir, deja de ser el centro alrededor del cual gira todo, y se abre al prójimo en el ejercicio de la caridad.

En nuestra sociedad, incluso entre los no creyentes, se percibe un gran hastío ante la cultura materialista. Existe un clamor de santa rebelión frente a la tendencia a valorar al ser humano por el “tener”, más que por el “ser”. En el corazón de tantos hombres y mujeres, está latente el deseo de conocer a Dios, y en ellos crece la disposición a trabajar en pro de la justicia y de la promoción de los más débiles. En

estos signos descubrimos la acción consoladora del Espíritu Santo y percibimos los indicios de la llegada del Reino.

**3.2.- Frente a la frivolidad, madurez cristiana:** Aunque juzguemos negativamente el materialismo y la frivolidad, no olvidemos que tras ellos se esconde un intento inconsciente y desesperado de compensar el sinsentido, la tristeza y el vacío interior. Lo que sucede es que la frivolidad recurre a una alegría artificial y elude las grandes cuestiones que inquietan el corazón del hombre, refugiándose en la superficialidad.

Gracias a la acción del Espíritu Santo, cada vez existe una conciencia más generalizada de la vaciedad que encierra la llamada “cultura de la frivolidad”, así como de la necesidad que tenemos de buscar una felicidad plena y auténtica, sustentada en el verdadero sentido de la existencia, y no en la huida de la realidad.

El modelo de “hombre nuevo” en Cristo (cf. Col 3, 10), nada tiene que ver con una espiritualidad sombría, ni con la falta de sentido del humor; pero al mismo tiempo, tampoco tiene que ver con el recurso a la superficialidad y a la frivolidad de quienes no se toman la vida en serio.

En el número 123 de la Exhortación Apostólica “*Verbum Domini*”, Benedicto XVI afirmaba: “*La alegría es un don inefable que el mundo no puede dar. Se pueden organizar fiestas, pero no la alegría. Según la Escritura, la alegría es fruto del Espíritu Santo (cf. Ga 5,22)*”. Pues bien, he aquí este gran reto en nuestra acción pastoral: la educación en la madurez humana (comunicación, afectividad, sexualidad, amor humano, juicio crítico, etc.) y cristiana (virtudes morales iluminadas por las virtudes teologales); así como la promoción de unas relaciones sociales tan gozosas como comprometidas.

Creemos firmemente que la alegría cristiana, fundada en la esperanza que nos da Jesucristo, no sólo es un auténtico testimonio de fe ante el mundo, sino que también es una de las máspreciadas “limosnas” que podemos donar al prójimo.

**3.3.- Frente al relativismo, fe humilde en la Verdad:** El relativismo no es un invento de nuestra época... Cuando Pilato preguntó escéptico a Jesucristo “*¿Y qué es la verdad?*” (Jn 18, 38), se convertía en la imagen de cuantos miran a Jesucristo sin llegar a reconocer en Él al Hijo del Dios vivo.

En nuestros días, la frontera entre la creencia y la increencia, tal vez no se encuentre ya en la confesión o en la negación de la existencia de Dios. Posiblemente, hoy, el punto divisorio fundamental entre creencia e increencia, estriba en la aceptación o el rechazo de la revelación de Dios. El relativismo es condescendiente con una espiritualidad “subjetiva” en la que el hombre se fabrica su propia imagen de Dios, pero se resiste sistemáticamente a aceptar el acontecimiento por el que el Dios eterno y todopoderoso se ha revelado por un camino histórico y concreto, primero a través del Pueblo de Israel, y más tarde, en la plenitud de los tiempos, en Jesucristo.

Cada uno de nosotros estamos llamados a acoger y a difundir el tesoro de la revelación de Dios, que se nos ha transmitido mediante la Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia. Por pura misericordia, Dios nos ha descubierto su rostro y nos ha manifestado su voluntad, eligiéndonos al mismo tiempo como depositarios y como testigos de esta revelación, ante todo el mundo.

Estamos llamados a llevar la Palabra de Dios a un mundo que ha recibido ya alguna de las semillas de la revelación de Dios, pero que está totalmente necesitado de la plenitud de la revelación de la que la Iglesia Católica es depositaria. Predicamos un

mensaje del que no somos propietarios, sino instrumentos de Dios para proclamarlo ante el mundo. Con humildad, confesamos a Cristo como el Camino, la Verdad y la Vida (cf. Jn 14, 6).

**3.4.- Ante el laicismo y la desafección, amor a la Iglesia:** Frente al postulado “*Cristo sí, Iglesia no*”, afirmamos que esta Iglesia Católica, santa y pecadora al mismo tiempo, es la Iglesia fundada por Cristo, y que en ella subsiste la plenitud de los medios de gracia que Jesús de Nazaret encomendó a sus apóstoles.

Somos conscientes de que los pecados de quienes formamos la Iglesia, han podido causar heridas en el corazón de creyentes y no creyentes; las cuales hemos de corregir, reparar y sanar. Pero al mismo tiempo, creemos que en la Iglesia de hoy, así como a lo largo de su historia, siguen existiendo testimonios luminosos, que ayudan a creer a los que buscan a Dios.

Las actitudes necesarias para vivir y testimoniar la fe en medio de una cultura laicista y anticlerical son muy diversas, pero entre ellas cabe destacar la coherencia de vida, la paciencia y la humildad; la valentía y la fortaleza; la buena formación... y de una manera especial, el amor profundo y sincero a la Iglesia.

Detrás del laicismo anticlerical descubrimos en algunas ocasiones, que son circunstancias concretas las que han originado un rechazo a la fe o a la Iglesia; pero con frecuencia, percibimos que el origen de esa desafección es más virtual que real; es decir, que ha sido provocada por la transmisión acrítica de leyendas negras sobre la Iglesia. En cualquier caso, detrás del laicismo anticlerical se esconde la falta de una fe plena y madura, en el misterio de Jesús de Nazaret, en el misterio del “Cristo total”, del que han hablado muchos Padres de la Iglesia: “*Nuestro Redentor forma una sola persona con la Iglesia*” (San Gregorio Magno).

No podemos amar a Cristo sin amar a la Iglesia, de igual manera que no podemos amar a la Iglesia sin amar a Cristo. Para ello, es necesario que nos acerquemos al misterio de la Iglesia con una mirada de fe, viendo en ella mucho más que una mera asamblea o institución humana; descubriendo en ella el “Sacramento de Dios”, que prolonga la presencia de Dios en el mundo.

#### **4.- NUESTRO RETO MÁS INMEDIATO: HACER DE LA IGLESIA LA CASA Y ESCUELA DE COMUNIÓN.**

Quisiera sugerir algunas actitudes concretas, que todos deberíamos procurar trabajar de forma individual, y tal vez también de forma comunitaria, en esta nueva etapa que comenzamos:

**4.1.- Comunión interna en la comunidad eclesial:** Necesitamos que la Iglesia sea también para nosotros, casa y escuela de comunión. Es obvio que uno de los retos fundamentales que afrontamos en el seno de nuestra Iglesia diocesana, es el de la comunión interna. Los diversos episodios que se han vivido en torno a mi nombramiento como obispo de San Sebastián, aunque de una manera mediáticamente sobredimensionada, lo han dejado patente.

La falta de comunión es un lastre, que podría condenar a la esterilidad muchos de nuestros esfuerzos pastorales. Por ello, es importantísimo que respondamos a la llamada de Cristo a la unidad: “*Padre, que todos sean uno, para que el mundo crea que Tú me has enviado*” (Jn 17, 21). Creo realmente que la verdadera unidad, la que nace

del Espíritu Santo, no anula la diversidad y la riqueza de los carismas en el seno de la Iglesia, sino todo lo contrario. Pero, al mismo tiempo, también es obvio que sin la sanación de la desafección entre nosotros, el don de la unidad resulta inalcanzable. No estamos hablando de una unidad abstracta, sino de una unidad concreta que se visibiliza en aquellos a quienes se les ha encomendado el ministerio de la unidad en la Iglesia: Una unidad entre la comunidad parroquial y su párroco, entre la comunidad diocesana y su obispo, entre la comunidad católica y el Papa. El ideal reflejado en los Evangelios y en la primitiva Iglesia -“*¡Mirad cómo se aman!*”- es un reto para la Iglesia universal, y muy especialmente para nuestra Iglesia particular.

4.2.- **La conversión:** La mayor aportación que podemos hacer para llegar a la comunión, no es otra que la propia conversión. Estaríamos muy equivocados si pensáramos que la causa principal de la falta de unidad es de tipo ideológico. Siendo esto último importante, sin embargo, lo sustancial y fundamental es la propia conversión. Solamente cuando nos despojamos del “hombre viejo” con sus pasiones; cuando estamos dispuestos a negarnos a nosotros mismos por amor a Dios y a los demás; cuando tenemos prontitud para ocupar el último puesto en el servicio humilde... solamente entonces, la comunión está a nuestro alcance. Si es verdad que para amar es necesario conocer previamente, tal vez sea aún más cierto que, para poder conocer es necesario amar.

Sin riesgo alguno de simplificar, me atrevo a resumir lo anterior en las siguientes palabras: A más santidad, mayor unidad (por nuestra mayor comunión en Cristo); y por el contrario, a menor santidad, mayor desafección y desunión (porque estamos más identificados con las ideologías que dividen y enfrentan).

No es el momento de explicar detalladamente los medios necesarios para la conversión, puesto que la Iglesia nos los irá recordando a lo largo del Año Litúrgico: oración, obras de caridad, penitencia y sacrificio, sacramento de la Eucaristía y de la Reconciliación... etc.

4.3.- **Encuentro y diálogo:** Además de la conversión personal de cuantos conformamos la Iglesia diocesana de San Sebastián, es muy importante que fomentemos los encuentros y el diálogo, como camino hacia la comunión. La experiencia nos demuestra que aunque existan notables divergencias entre los católicos de nuestra Diócesis, es mucho más lo que nos une que lo que nos separa. Los encuentros personales suelen dar prueba de ello.

Sin embargo, existen elementos de distorsión muy notables, que tenemos que saber superar. Me refiero a las percepciones deformadas de la vida de la Iglesia que se reciben a través de algunos medios de comunicación, en concreto, desde determinadas páginas de Internet especializadas en información religiosa y desde otros medios escritos, que hacen de la polémica, las filtraciones anónimas, los juicios temerarios, el resentimiento, la desafección...etc., un alimento tóxico para la vida eclesial.

En la Iglesia tenemos nuestros cauces de comunicación interna, a través de los cuales podemos y debemos expresarnos, sin prestarnos a que determinados medios de corte laicista e incluso anticlerical, nos utilicen para ofrecer una imagen morbosa y negativa de la vida eclesial.

Por ello, uno de los esfuerzos principales, que me dispongo a mantener los próximos años, es el encuentro personal y comunitario, en un intercambio de impresiones cercano, abierto y sin temor alguno a escucharnos, y a conocernos de cerca. Estas mismas reflexiones introductorias al Plan Pastoral Diocesano, pueden ser un buen punto de partida para nuestros encuentros.

Somos conscientes de que el diálogo teológico-pastoral no puede interpretarse como una especie de negociación. La fe católica no puede ni debe ser la resultante de un hipotético “común denominador” entre todas nuestras sensibilidades, ya que el depósito de la fe nos ha sido confiado por la Tradición de la Iglesia y nosotros estamos llamados a recibirlo, a vivirlo y a transmitirlo fielmente. Pero es obvio que el diálogo y los encuentros frecuentes, permitirán explicarnos y comprendernos mejor en nuestras percepciones, de forma que lleguemos a entender como sencillo lo que parecía complicado. Por ello, confiamos en que la conversión personal y comunitaria a Cristo, unida al diálogo y al encuentro entre nosotros, serán el camino hacia la verdadera comunión.

Le pedimos al Espíritu Santo que nos bendiga para que seamos capaces de hacer de la Iglesia, “casa y escuela de comunión”.

## **5.- CONSCIENTES Y ACTIVOS ANTE LOS RETOS DE NUESTRA SOCIEDAD**

Además de su contexto eclesial, este Plan Pastoral nace también en unas circunstancias sociales muy especiales:

**5.1.- La prolongación de la crisis económica entre nosotros.** Sería importante que profundizásemos en la Doctrina Social de la Iglesia. En la Cuaresma de 2011 los obispos de Pamplona-Tudela, Bilbao, Vitoria y San Sebastián, escribimos una Carta Pastoral con el título “*Una economía al servicio de las personas*”. De esta forma quisimos hacer una pequeña aportación, para que la superación de la crisis fuese acompañada de una profunda revisión de muchos de nuestros criterios morales, en relación con los bienes materiales y con nuestro estilo de vida.

Como se pide en dicha Carta Pastoral, los cristianos queremos solidarizarnos con quienes más están padeciendo esta crisis, que son los inmigrantes, los jóvenes que no pueden acceder a su primer trabajo, los parados de edad avanzada, etc. Así, la Iglesia continúa invitando a los agentes sociales, instituciones, administraciones públicas y a todas las personas de buena voluntad, a que busquen de manera conjunta y solidaria una salida a la crisis; construyan unas bases éticas firmes para el desarrollo de nuestra sociedad; promuevan el empleo digno; y se esfuercen por defender a los más débiles y golpeados, como exigencia y prueba de la justicia social.

**5.2.- Las expectativas de una paz definitiva.** El anhelo por la disolución definitiva de la banda terrorista ETA, es un clamor al que nos unimos de forma especial. Nos sentimos llamados a acompañar a las víctimas que sufren, y ofrecemos el Evangelio como consuelo y medicina para todos. Pensamos que la mayor aportación que la Iglesia puede hacer en el camino de la pacificación es la de ser instrumento de reconciliación con Dios, y entre nosotros, así como con uno mismo.

Siendo cierto que la clase política se ha de esforzar en buscar vías de encuentro, sin embargo, creemos que la paz no puede nacer de meros pactos políticos, sino que requiere la conversión de los corazones, como paso indispensable y fundamental: Sin conversión no hay reconciliación, y sin reconciliación no podrá haber nunca una paz auténtica. La Iglesia ora por la paz y se compromete a ser su instrumento en el aquí y ahora de nuestro pueblo, al servicio de todas las personas que lo conformamos.

5.3.- **Un clamor desde el Tercer Mundo:** La llamada a la caridad se presenta con toda su fuerza bajo el grito desgarrador de los pobres, especialmente de los del Tercer Mundo. En el momento en que escribo esta Carta Pastoral, siguen llegando hasta nosotros las noticias sobre el pueblo de Somalia azotado por el efecto de una terrible hambruna. No dudemos de que nuestra respuesta a ésta y a otras urgencias, será una prueba de la autenticidad de nuestro ser cristiano. El grito de los pobres forma parte de la llamada que Dios nos dirige, para sanar nuestro egoísmo y nuestro narcisismo y para centrarnos en lo fundamental.

5.4.- **Por una “cultura de la vida”:** La llamada a la caridad se presenta igualmente, en la defensa de la vida humana, desde su concepción hasta su muerte natural. El cristiano no puede por menos de rebelarse frente al utilitarismo con el que la concepción materialista manipula la vida humana. No podemos acostumbrarnos a la destrucción despiadada de los seres humanos antes de su nacimiento. El grito de los inocentes no deja de llegar a Dios, y reclama de nosotros un compromiso inequívoco con la “cultura de la vida” frente a la “cultura de la muerte” que se extiende solapada en un falso progresismo.

5.5.- **Por una familia estable:** Otro de los mayores dramas y retos a los que hacemos frente es la crisis familiar y la gran cantidad de rupturas matrimoniales. La madurez del ser humano se sustenta en gran parte en la estabilidad familiar. Hemos sido creados por Dios para la comunión en el amor, por lo que, si falla ésta, se tambalean los cimientos de nuestra felicidad. La Iglesia en su conjunto, y cada uno de nosotros en particular, estamos llamados a dar testimonio de que el amor cristiano no tiene fecha de caducidad, sino que, por el contrario, tiene la capacidad de hacer de nuestra vida una donación generosa de amor, abrazando las cruces y gozando, al mismo tiempo, de las grandes y pequeñas alegrías de nuestra existencia.

## 6. -“SI EL SEÑOR NO CONSTRUYE LA CASA...” (Sal 126)

El éxito de un plan pastoral estriba principalmente, por lo que a nosotros respecta, en la combinación de cuatro factores: el celo apostólico, el encuentro y afecto entre los evangelizadores, el discernimiento acertado de los signos de los tiempos, y la oración y apoyo en los medios de gracia.

No es mi intención ahora desarrollar los cuatro puntos, los cuales –en mayor o menor medida- ya hemos abordado a lo largo de esta Carta Pastoral. Pero en estas líneas conclusivas, me parece especialmente importante insistir en el cuarto punto: *“Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles; si el Señor no vigila la ciudad, en vano vigilan los centinelas...”* (Sal 126).

Entre los medios elegidos para llevar adelante este Plan Pastoral, destaca la puesta en marcha de la Adoración Perpetua en una de las parroquias de San Sebastián, donde se adorará al Señor en la Eucaristía, de forma permanente. Deseamos que este lugar de oración sea al mismo tiempo un lugar de acogida y escucha para quienes buscan a Dios. Entre todos los demás medios pastorales, éste destaca como un signo que remarca la centralidad de Jesucristo en la vida de la Diócesis. La tarea de la evangelización ha de ser fundamentalmente “cristocéntrica”. Queremos seguir a Jesús, o

mejor aún, tal y como se formula en el título elegido para esta Carta Pastoral, deseamos ser tan dóciles como perseverantes para *dejarnos conducir por Él* en su seguimiento.

En este contexto, y como marco del que hemos extraído el título, tanto de la Carta Pastoral como del Plan Pastoral Quinquenal, quisiera evocar las siguientes palabras del Papa Benedicto XVI en la homilía de inicio de su pontificado: *“Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea Él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia”*.

Deseo agradecer de todo corazón la amplia y concienzuda participación que diversas personas y órganos de la Iglesia diocesana han tenido a la hora de preparar este Programa Pastoral. Es cierto que el obispo tiene el deber y la responsabilidad de su elaboración, pero la ayuda que he recibido de todos vosotros, ha sido muy importante para mí. En vuestras aportaciones he percibido intuiciones muy clarividentes; incluso, algunas con las que me he podido sentir menos identificado, me han servido también para matizar el resultado final de este Programa.

Concluyo la redacción de este Plan Pastoral en el día de la fiesta de Nuestra Señora de Aránzazu, Patrona de nuestra Diócesis, implorando la ayuda de Aquélla a quien invocamos como Reina del Cielo: ¡Santa María, Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, ruega por nosotros!